

errar su vista por el salón. Vió perfectamente el perfil de la señora de Schwarzbouurg, que estaba sentada frente al escenario, y cuya hermosa cabeza iluminada se destacaba sobre el fondo rojo oscuro del palco. Próximas á ella había dos señoras, y el mayor Waradia hablaba con mucha animación. Lo que el militar decía agradaba, sin duda, porque Armando veía sonreír á las tres señoras; la entrada del marqués de Villanoisy interrumpió la charla de Waradia. Desde el momento Waradia fué relegado al segundo término y el diplomático monopolizó la atención de las damas.

Desde lejos intentaba Armando adivinar lo que allí decían por el movimiento de las cabezas ó por los gestos de las fisonomías. En un momento reparó que las miradas de la princesa se dirigían hacia donde él estaba, como si el marqués le hubiera dicho que se hallaba en el palco, y al propio tiempo Waradia se inclinó con el ostensible propósito de verle mejor. Armando permaneció impasible para no dar á entender que sospechaba que hablaban de él. Observó, sin embargo, que el adorador de Guillermina manifestó algún disgusto y se retiró al fondo del antepalco, como afectando no tomar parte alguna en la conversación. Terminado el entre-acto volvió al palco el marqués, y dirigiéndose inmediatamente al conde, le dijo:

—La princesa me ha hablado de usted. No

sabía ella que estaba usted conmigo esta noche y ha extrañado que no me acompañase usted cuando he ido á saludarla.

—Pero, señor—contestó Armando tranquilamente—hágame usted el favor de recordar que al salir del palco no me dijo lo que se proponía hacer en el entre-acto.

—Es verdad—dijo el diplomático sonriéndose.

—Además; puedo decir en descargo de mi falta, si la he cometido, que yo sólo he hablado una vez con la señora de Schwarzbouurg, que todavía no he ido á visitarla á su casa y que me habría parecido familiaridad excesiva el acto de invadir su palco sin haber sido autorizado para ello.

—Pues bien, la princesa se alegrará de verle allí; ella misma me ha dado el encargo de decirselo á usted.

—Iré durante el entre-acto próximo, y sin hacerme rogar, puede usted creerlo.

La orquesta lanzaba al aire sus melodiosas notas; Armando pudo recogerse y pensar en el extraño favor con que era acogido por aquella encantadora mujer, á quien no conocía una semana antes. Preguntábase á sí mismo á qué habría debido aquella fortuna envidiable. Nunca se le ocurrió pensar que lo debiese á los atractivos físicos de su persona, á la seducción de su juventud, á la irresistible influencia de una mis-

teriosa simpatía; prefirió imaginarse que el marqués había hablado de él con elogio y había solicitado de la princesa que abriese, para un recién llegado, extranjero en Viena, las puertas de su salón. Presumió que era objeto de una amabilidad compasiva, no de un afecto particular.

Sin embargo, la idea de presentarse ante la princesa le conmovió profundamente. Nunca había experimentado una turbación parecida. Preocupábase lo que debería decir; ensayaba inútilmente las palabras con que debía saludarla. Era la vez primera que se había considerado en peligro de parecer aturdido. Esto le sorprendió y le disgustó juntamente. Sólo la princesa le intimidaba. No pensó ni un momento en preguntarse el efecto que su visita causaría en el gallardo Waradia. Aquel enamorado platónico no le inspiraba inquietud alguna. Después de lo que el marqués le había dicho le juzgaba sin importancia.

Un gran movimiento que advirtió en el teatro le arrancó de sus meditaciones. Era que el telón había bajado nuevamente. Armando no había oído ni una sola palabra ni una sola nota del acto que terminaba. Se levantó, salió al pasillo y atravesando por entre la muchedumbre de espectadores llegó al palco de la princesa. Al entrar se cruzó con el mayor, que salía. Waradia, al verle, hizo un movimiento como para detenerse y per-

manecer en el palco; pero la señora de Schwarzbouurg adivinó su intención y le dijo en alemán:

—Vaya usted, vaya usted de prisa; de ese modo estará usted más pronto de vuelta.

El enamorado se mostró medianamente satisfecho; no obstante, obedeció. Como Armando permaneciese de pie, dudoso de lo que debería hacer, la princesa le indicó la silla próxima á ella en la delantera del palco, y con graciosa afabilidad le preguntó:

—¿Es usted tímido, conde, ó indiferente? He esperado á usted durante los primeros días de esta semana. ¿Por qué no ha ido usted á verme?

Armando se sonrió, y de repente, ante esta franca manera de iniciar la conversación, se halló en su elemento, y recobrando todo su aplomo de hombre de buen tacto social, respondió:

—Dios sabe, princesa, que si he procedido así lo he hecho por propia conveniencia. No he querido lanzarme al asalto de la amistad de usted, tan preciosa para mí. Esperaba yo que adelantaría más en esa anhelada intimidad con un poco de reserva que con excesivo apresuramiento. Este es el secreto motivo de mi conducta. Confesaré que he sido un poco diplomático.

—Ya veo que el embajador tiene en usted un hábil auxiliar. Pero será menester que reserve usted sus marrullerías para tratar con el Gobierno, y que con nosotras, las vienesas, use mucha

sinceridad. Nosotras somos un poco alemanas, y, por consiguiente, ingenuas y sencillas... Cuando tendemos á alguien la mano es sin segunda intención de negársela después... Verdad es que no se la tendemos á todos.

—Razón de más para que el favor sea precioso... Véame usted profundamente conmovido.

Armando pronunció estas palabras con una emoción que impresionó mucho á la princesa, que clavó en él su mirada clara y penetrante. Vióle ante ella elegante, fino y altanero, en actitud digna y severa, simpático, con sus ojos azules velados por largas pestañas, sus cabellos negros y rizados y su largo bigote rubio; en nada se parecía Armando á los hombres que la joven veía ordinariamente en su derredor; un calor repentino ensanchó su corazón; sintió asimismo la necesidad imperiosa de decirle palabras dulces y amables; sentíase muy alegre, tan alegre, que no pudo menos de preguntarse á sí misma: ¿Qué tengo? ¿Qué ha sucedido aquí de particular para que me turbe yo de este modo?

El conde, entre tanto, muy sencillamente, en voz casi baja, hablaba de su llegada á Viena, de su aislamiento en aquella gran capital, de la alegría que experimentaba al verse tan amablemente acogido por la princesa. Escuchábale ésta sin interrumpirle con una sola palabra, como si no quisiese privarse de la música de su voz. Guillermina no le miraba, temerosa de que la vendie-

sen sus ojos, á los cuales subían lágrimas sin causa. El conde habló de su familia, de su madre, que no tenía más hijo que él y que le había visto partir con pena; después, cuando dijo el nombre de una de sus tías, Guillermina le dirigió varias preguntas, de cuyas contestaciones salió por resultado que existían lazos de familia entre los Fontenay y los Schwarzboung. Con el rostro radiante de satisfacción, como si esta circunstancia la uniera más al conde, dijo Guillermina:

—Pues, entonces, usted es primo lejano de mi marido.

Armando contestó sonriendo:

—Como lazo de parentesco no podría ser motivo de discusión; pero como motivo de amistad puede ser indestructible.

Desde este instante y como si hubiese hallado una explicación razonable para la repentina simpatía que la arrastraba hacia el joven, la princesa se sintió más tranquila y más dueña de sí misma. Poco tiempo después volvió Waradia, y fingiendo no advertir la presencia del conde, dijo en alemán:

—Está hecho el encargo de usted.

—Perfectamente—dijo la señora de Schwarzboung manifestando algún enojo—pero podía usted haber hablado en francés.

Guillermina olvidaba que ella misma había dado el ejemplo al mayor cuando Armando en-

traba en el palco. Pero la princesa sentía una secreta necesidad de maltratar á su adorador en presencia del amigo nuevo. Armando desenlazó la situación, diciendo con desembarazo elegante:

—Señora, si es en obsequio mío el pedir á ese caballero que hable en francés, es inútil; comprendí perfectamente el alemán y aun le hablo con mucho gusto.

Frunció las cejas Waradia y se preguntó si no había en las palabras del joven algo que fuese ofensivo para él; pero la princesa no le dejó tiempo para pensar en ello; recobró su aire risueño, y colocándose entre ambos dijo:

—Señores, es preciso que presente á ustedes uno á otro: El señor conde de Waradia, mayor en la guardería de Corps; el señor conde de Fontenay, agregado á la embajada de Francia.

La princesa agregó, recalando con cierta intención, esta última frase: pariente lejano de mi marido.

El mayor hizo una mueca en que se leía con mucha claridad esta pregunta: «¿De dónde nos ha salido ahora este pariente?» Saludó, no obstante, con bastante finura y murmuró algunas palabras de bienvenida, á las cuales correspondió Armando con mucha cortesía. La princesa parecía muy contenta de verle tan conforme, y dirigiéndose al antepalco dijo:

—Ya basta de música. Me vuelvo á casa;

¿quieren ustedes aceptar una taza de té que desde luego les ofrezco?

Cuando Armando hizo, inclinándose, señal de aceptación, dijo Guillermina.

—Pues bien; me acompañan ustedes hasta el carruaje y dentro de un cuarto de hora van ustedes á casa... Acaso hallemos al príncipe ya de regreso. Le esperábamos hoy y se alegrará mucho de ver á ustedes.

Salieron los tres. Waradia acompañó á la princesa, mientras Armando se dirigía al palco de la embajada para tomar su abrigo de pieles. Un coche de alquiler lo condujo hasta la puerta del palacio de la Herrngasse. Al subir la escalera principal sintióse impresionado por la suntuosidad y el lujo de aquella antigua casa solariega. Encontró en ella, como en los antiguos palacios del arrabal de Saint-Germain, las huellas de una riqueza secular. Allí las tradiciones de tiempos pasados habían sido respetadas y conservaban todo su brillo. Llegó á un espacioso vestíbulo en el cual dos criados con lujosas libreas le ayudaron á quitarse el abrigo. Fué introducido en un saloncillo por cuya puerta principal abierta perdíase la vista en larga serie de salas espaciosas y medio alumbradas. Apenas había tenido tiempo de lanzar una ojeada en torno suyo y de admirar los preciosos tapices de Luis XVI que cubrían las paredes, el hermoso mobiliario de maderas doradas, los fanales ates-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA HISTÓRICA Y LINGÜÍSTICA  
FALTON 1111  
No. 1325 MONTEREY, MEXICO

tados de porcelanas primorosas, cuando un ruido de voces llamó su atención; la princesa llegaba en compañía de un anciano de aspecto agradable, de estatura elevada y de barba y cabellos blancos. La hermosa joven se adelantó hacia su convidado, y tendiéndole la mano dijo:

—Como yo presentía, mi marido me ha proporcionado el placer de llegar esta noche.

Y dirigiéndose al anciano á quien indicó con el ademán al joven, siguió diciendo:

—El conde Armando de Fontenay-Cravant.

—Sea usted muy bien venido á esta casa—dijo con gravedad el anciano.—La princesa habla ya de usted como de un amigo. Es título éste que no prodiga... sólo con dárselo, mi esposa hace de usted el más cumplido elogio.

Todo esto fué dicho con un tono de benevolencia para con el extranjero y de consideración á su mujer, cuya delicadeza exquisita apreció el conde Armando al momento. Comprendió el joven que estaba en presencia de un verdadero gran señor. Admiró la vigorosa vejez del príncipe, su talle aun erguido, sus ojos brillantes todavía. Cuando el conde expresaba su agradecimiento por las benévolas frases del príncipe Schwarzbourg, entró el mayor, y en la súbita dureza del entrecejo, en los pliegues de sus labios y en lo severo de la actitud del príncipe comprendió Armando que el aristócrata austriaco toleraba á Waradia, pero no le quería.

El té estaba dispuesto; sirvióle con agrado la señora de Schwarzbourg, y por espacio de una hora el príncipe habló alegremente, con gran afluencia, con extraordinaria amenidad y contestando oportunamente lo mismo á su esposa que á los demás jóvenes, sus convidados. Al dar la una la princesa exclamó, dirigiéndose á su marido:

—Nos estamos olvidando de que has andado hoy doce horas en ferrocarril.

—También lo había olvidado yo—respondió riéndose el anciano;—pero conozco que tomaré con gusto la cama.

Levantáronse todos; el príncipe besó con galantería la mano de su esposa para darle las buenas noches, y acompañó á los jóvenes hasta la escalera.

Desde aquella noche el conde de Fontenay fué admitido en la intimidad de la princesa. Waradia se tranquilizó bien pronto. Aquel extranjero no había de disputarle un corazón que, á juicio del mayor, era inconquistable. El continente reservado de Armando, su frialdad cortés, su amabilidad calculada y medida, no producían sombra á Waradia. No descubrió el mayor todo lo que existía de ardores latentes en aquellas apariencias de hielo. Por otra parte, Waradia no veía á su rival en el palacio de la princesa, pues Armando se daba por satisfecho con verla en la corte, en los salones y los tea-

tros, y no la visitaba en su palacio sino en circunstancias muy solemnes.

Sin embargo, el estado de ánimo de Armando estaba muy lejos de ser el que Waradia imaginaba. Desde el primer instante había concebido por la señora de Schwarzbouurg una pasión violenta. La persona de Waradia no le había producido inquietud alguna; solamente el príncipe le apenaba. Y no consistía esto en que tuviese celos de él; Armando había comprendido muy pronto las relaciones puramente paternas que existían entre el gran señor y su esposa; en la indulgencia, en la ternura de aquél había visto que Mina sólo era para él una hija á la que amaba tiernamente y por la cual se hallaba dispuesto á realizar cualquier sacrificio. El príncipe agradecía á su mujer la tibia atmósfera de cariñoso afecto con que rodeaba su vejez, y estimaba en mucho el púdico orgullo con que llevaba su nombre. En los bailes seguía la con sus miradas cariñosas, y gozaba con sus triunfos y se alegraba con sus alegrías, enorgulleciéndose con su juventud y con su belleza. Armando se tenía que violentar mucho para aproximarse al noble anciano, de cuya esposa estaba enamorado en secreto, y, á pesar de las quejas que á menudo le dirigía la princesa, alejábale cuanto podía de su palacio. Sin embargo, la amaba como un loco y se sentía arrastrado por los impulsos de su corazón á cansarse de su rigorismo.

Tres meses hacía ya que duraba aquella existencia y se aproximaban las fiestas de Pascuas, cuando un acontecimiento, imposible de prever, modificó por completo la situación. El conde había alquilado desde su llegada á Viena una casa rodeada por un gran jardín en un barrio algo extraviado y próximo á los arrabales. Habíanle seducido las admirables vistas del Danubio, y las islas, y la frondosidad, y la verdura del ramaje. Con sus caballos podía ponerse en quince minutos en el centro de la ciudad.

Una mañana, á cosa de las diez, cuando se disponía á dirigirse á la embajada, hubo de asomarse á la ventana atraído por ruido extraordinario y violentos rumores. Vió en la calle multitud de gentes del pueblo muy alborotadas y que adelantaban obstruyendo toda la vía y lanzando al viento gritos y amenazas. De algunos días á aquella parte habían ocurrido en los arrabales algunos motines causados por la subida del pan. Precisamente enfrente de la casa de Armando vivía un panadero: asustado el hombre apresurábase á cerrar la tienda; unos cuatrocientos obreros se habían detenido ante el despacho de pan, y gritaban:

—¡Abajo los ladrones! ¡Mueran los acaparadores! ¡¡El pan barato!!...

A estas voces sucedió un espantoso estrépito de cristales rotos; era el escaparate del panadero, que habían hecho mil pedazos. Al propio tiempo

comenzaron á volar por todos lados panes que los más próximos arrojaban á la multitud. Creció el tumulto, los gritos eran horribles, desgarradores. El panadero, que hacía esfuerzos titánicos para defender su tienda, acababa de recibir un garrotazo en la cabeza, y todo cubierto de sangre luchaba con los amotinados, que comenzaban á gritar:

—¡Vamos á colgarle de un faroll!

La mujer de aquel desgraciado había salido de la casa y pedía auxilio desafortadamente. Sus gritos y sus quejas eran contestados por los alaridos de la muchedumbre, que se sobreexcitaba con sus violencias propias y parecía dispuesta á llevar á cabo mayores excesos. El conde, muy conmovido, contemplaba desde su ventana aquel espectáculo, preguntándose á sí mismo si su carácter de diplomático podía impedirle intervenir en aquella lucha desigual, cuando un carruaje, desembocando por una de las calles adyacentes, se halló de pronto metido entre las masas de manifestantes. En un segundo el caballo, cogido por el bocado, retrocedió hasta hacer que el carruaje chocase con la tapia. El cocheró, que intentó valerse de su fusta, había sido arrancado del pescante por veinte brazos y había desaparecido entre las masas. En aquel momento se abrió la portezuela y una mujer muy sencillamente vestida echó pie á tierra en el reducido espacio que los alborotadores dejaban libre. La

señora hablaba con vehemencia á los hombres que la rodeaban y que, al parecer, la escuchaban con atención, cuando un borracho, adelantándose con pasos vacilantes, levantó el brazo y con mano insolente arrancó el velo que cubría el rostro de la señora.

El conde había lanzado un grito; acababa de reconocer á la señora de Schwarzbourog. No permaneció en la ventana; rápido como un rayo bajó la escalera, se lanzó á la calle, y con fuerza irresistible, abriéndose paso entre la multitud, llegó al lado de la princesa para sostenerla, pálida, temblorosa y próxima á perder el conocimiento. La aparición del conde con la cabeza descubierta, inflamado el rostro por la cólera, y la voz amenazadora asombró por el pronto á aquellos energúmenos. Habíales apostrofado en francés: «Miserables, cobardes; estáis amenazando á una mujer.»

Al oír estas palabras, que no comprendían, miráronse con extrañeza unos á otros, y alguno de ellos dijo:

—«Es un extranjero.»

—¡Por vida de Dios!—replicó el conde hablando entonces en alemán.—Sí, soy un extranjero, y es una vergüenza para vosotros que un extranjero se vea obligado á defender aquí á una vienesa contra vieneses.

—Ella ha querido aplastarnos con su coche.

—¡Hato de imbéciles!—¿No la reconocéis? Es

la princesa de Schwarzbourg. Todos los días va á uno de vuestros barrios para averiguar vuestras miserias y remediarlas. Aun esta misma mañana viene de llevar socorros á las esposas de los más desgraciados de entre vosotros... Vosotros os aprovecháis de esto para destrozar su carruaje, maltratar á su criado y amenazarla á ella... ¡He ahí de qué modo tratáis á vuestros mejores amigos!

Armando había sabido hacerse oír. Lanzó una mirada á Mina y la vió en medio de aquel círculo extraño de hombres sobreexcitados por el odio y por la embriaguez desfallecida y próxima á caer; tomó su brazo y lo colocó sobre el suyo; después, con un gesto imperioso, gritó:

—Ea, dejadme pasar; esta odiosa escena ha durado ya bastante.

Y rechazando vigorosamente á los más atrevidos se abrió camino á través de aquella masa humana, á pesar de los murmullos y de los gritos, y haciendo entrar á la princesa en su casa cerró precipitadamente la puerta.

—Aquí, señora—dijo—nada tiene usted que temer.

Pero la señora de Schwarzbourg no le contestó. La fuerza que la había sostenido mientras fué menester arrostrar el peligro la abandonó. Se cerraron sus ojos, dobláronse sus piernas, lanzó un suspiro profundo, y si el conde no la hubiera recibido en sus brazos, la princesa ha-

bria caído al suelo. Armando la condujo á la sala y la colocó suavemente en un sillón próximo al fuego; la quitó el abrigo y el sombrero y humedeció su frente con agua de Colonia, mirándola con inquietud mezclada de alegría. Mina respiraba con dificultad, parecía oprimida, y sus ojos vagos se transparentaban á través de sus párpados de largas pestañas. Sus labios pálidos expresaban, á un tiempo mismo, sufrimiento y voluptuosidad.

Tal era su hermosura en aquel momento que Armando se estremeció. Parecióle que la veía en éxtasis amoroso. El conde se aproximó á Mina y en la oscuridad de la habitación, con las cortinas bajas, en aquel silencio apenas turbado por los clamores de la muchedumbre que se alejaba, se puso de rodillas cerca de ella. Armando hubiera podido olvidar que aquella mujer era de otro hombre y creer que le pertenecía; ¡tan completo era su abandono! Pero solamente pensó en admirarla y en adorarla.

Nunca una mujer desmayada pudo volver en sí bajo más ardiente rayo de amor que la princesa bajo la mirada de Armando. En su pensamiento, perturbado todavía, la joven no se daba cuenta exacta del sitio en que se hallaba. Sus ojos asombrados erraban alrededor de aquella estancia que desconocían; bajó su mirada hacia el conde que continuaba arrodillado, y una dulce sonrisa entreabrió sus labios. Ninguna confe-



sión de amor pudo ser más explícita y más elocuente que aquella sonrisa que animó toda la fisonomía de la joven al contemplar al hombre en quien incesantemente pensaba. Armando entonces no fué dueño de dominarse, cogió su mano blanquísima que pendía lánguidamente á lo largo del sillón y la llevó ardientemente á sus labios. Tan fuerte fué la impresión, que la princesa recobró en el instante el sentimiento de la realidad. Retiró bruscamente la mano, alzó sus párpados como quien se despierta, se levantó con gesto de sorpresa, y como viese al conde todavía de rodillas se apartó de él asustada.

Estaba, sin embargo, muy cerca de Armando, y bastó á éste extender su mano para apoderarse otra vez de la de Mina, que ella no le disputó ya, y sobre la cual el joven posó su ardorosa frente; después, en voz baja, muy baja, como la de quien confiesa un delito, murmuró:

—¡La amo á usted tanto!!

La princesa permaneció silenciosa un instante como si procurase retener las caricias de aquella voz apasionada; después, bajando la cabeza y con sonrisa melancólica, sin falso pudor ni mezquina coquetería, respondió:

—¿Por qué me lo dice usted? ¿No éramos felices así?

¿Podía la princesa decirle con más claridad que ella correspondía á su amor, pero que no quería ceder á ese amor? Así lo comprendió el

conde, que se levantó con lentitud, y dijo, inclinando la cabeza en actitud de sumisión:

—Usted sabe que me inspira tanto respeto como cariño.

Aquella actitud y aquellas palabras tranquilizaron del todo á Mina, que recobró al punto su libertad de ánimo y la alegría de su sonrisa; púsose delante del espejo para arreglarse un poco, y con una animación demasiada repentina para no ser un poco afectada, dijo:

—¿Ha sido usted quien me ha quitado la capa y el sombrero?... Pues, la verdad, sería usted una doncella muy mediana; pero en cambio es usted un defensor muy animoso.

Y al decir esto dirigía al joven una mirada de agradecimiento.

—Pero á todo esto, ¿qué ha sido de mi carruaje?

—Muy desamparado le he visto... ¿Quiere usted que me informe?

—Ya nos informaremos...

La princesa examinaba con curiosidad todo lo que veía en rededor suyo. Armando la contemplaba sin hablarla. Por último, preguntó la joven:

—Y ¿dónde estamos?

—En el saloncillo del piso entresuelo.

En los labios de la princesa se dibujó una sonrisa algo maliciosa.

—¿Está usted solo? ¿Se puede visitar la casa?

—Todo lo que aquí hay, señora, principian-  
do por el amo de la casa, está en absoluto á las  
órdenes de usted.

—Pues corriente; acompáñeme usted.

Armando no pudo menos de fijarse en que  
ahora ella era la que venía á su encuentro, la  
que penetraba en su vida íntima y la que llenar-  
ría su memoria con todo lo que á él le era fami-  
liar, dejándole entrar en su alma por una reve-  
lación de sus costumbres, de sus gustos, que se-  
ría la posesión moral del hombre mismo. Prestó-  
se, pues, á este capricho con alegría nerviosa.  
Juzgábase dichoso viendo que la joven se aban-  
donaba á la lealtad de su enamorado con aquella  
franqueza casi ciega, y al propio tiempo tembla-  
ba porque adivinaba el peligro. Poco le faltó  
para decir á la princesa: «Vamos, acábase esto  
aquí; estamos jugando con fuego y eso es una  
insensatez muy peligrosa. Vuélvase usted á su  
casa.» Un movimiento de amoroso egoísmo le  
contuvo, y calló. Visitaron la sala principal y el  
comedor, lujosamente amueblado, y se hallaron  
al pie de una escalera que subieron juntos. En-  
contráronse en una galería cubierta de hermosos  
tapices orientales y en la que se veían panoplias  
adornadas con armas de mucho mérito.

—¿Ha alquilado usted esta casa amueblada  
así?

—No, princesa; muchos objetos los he pedido  
á mi casa de París.

Penetraron después en el despacho, en que la  
luz, hábilmente distribuída, caía sobre la mesa  
de escritorio y dejaba en la penumbra el resto de  
la habitación. En la chimenea ardía un hermoso  
fuego. Aproximóse á ella la princesa, que tiritaba,  
se apoyó de codos en el mármol y acercó á las  
brasas, uno en pos de otro, sus diminutos pies,  
prodigiosamente calzados. Por una gran puerta  
abierta á la sazón veíase la alcoba de Armando,  
muy elegante y muy clara, con muebles á lo  
Luis XVI y riquísima alfombra turca. Mina no  
hablaba y lo miraba todo, sumergida en una es-  
pecie de entumecimiento que venía á ser la reac-  
ción del trastorno sufrido. El calor de la chime-  
nea iba apoderándose de su cuerpo, y bocanadas  
ardientes subían á sus mejillas aumentando el  
resplandor de sus ojos y el carmín de sus labios.  
Habíase sentado Armando en una banquetta, casi  
á los pies de Mina, y cogiendo otra vez su mano  
la hablaba con extremada dulzura; contábale sus  
primeras impresiones cuando la vió en el baile  
de palacio, en el que se le había aparecido como  
una visión radiante; decíale cómo desde entonces  
ella se había apoderado, sin resistencia posible,  
de su alma; que desde aquella noche era él esclavo  
de ella y sólo alimentaba una esperanza y per-  
segua una aspiración: no ya la de hacerse amar,  
sino la de amarla, sólo por el gozo de ser su es-  
clavo, adicto, fiel, rendido. Nada había hecho en  
el transecurso de aquellos tres meses, nada había